

DORA ISELLA RUSSELL, *Oleaje*.

Los "Sonetos del encuentro" de la segunda parte del libro ponen de relieve la tendencia de su espíritu al equilibrio, a la belleza, a la gracia elegante, casi renacentista, de la expresión selectiva. Representan lo que es Dora Isella, lo que aspira a ser en su alma, y explican el sentido de los poemas de la primera parte, "Voz de Solveig", que, sin nombrarlo, hablan del destierro en que vive el poeta de hoy, dentro de su propio ambiente y del todavía mayor destierro de la mujer en un mundo sin amor.

El acento auténtico de Dora Isella Russell, la originalidad del pensamiento, la transparencia y simplicidad de la expresión, la emoción contenida que encierran muchos versos, revelan a una gran poetisa.

ROSA VARZI RUIZ, *La sonrisa perdida*. Prólogo de Juana de Ibarbourou.—Montevideo, Editorial Independencia, 1949, 69 pp.

*La sonrisa perdida* es un pequeño volumen de poemas sin pretensiones, romances y romancillos en su mayoría, que encierran un caudal de poesía. Recuerdan quizás demasiado a García Lorca algunos de ellos; otros se acercan más al romance antiguo; en cambio, hay unos de una gracia y una delicadeza raras ("En tiempo que éramos todos", "Ibamos tres, dos morenas", "El trigo y las flores saben"); pero todos están concebidos con el mayor buen gusto, ritmo y musicalidad. La autora es, además de poetisa, pianista, y la sensibilidad musical parece vibrar en sus versos, diáfanos y sencillos, como los de "Ibamos tres, dos morenas", que bien pudiera figurar como pieza de antología.

AQUILES MONAGAS, *L'habitant exilé. El habitante desterrado. Poèmes*. Edition bilingue. Traduction de Claude Couffon.—Paris, Les Lettres Mondiales, 1950, 81 pp.

Claude Couffon traduce este libro casi literalmente, lo cual no es inconcebible tratándose de poemas en versos libres que no presentan dificultades de rima, que expresan ideas contenidas sobre todo en los nom-

bres, y que carece de abundantes adjetivos, es decir, de matices. La traducción tiene un sabor exótico, que unas veces reproduce muy bien la atmósfera, aunque otras deriva hacia la rareza.

Trabajo muy ingrato es el de traductor, el cual se ve obligado a escoger entre lo exacto y lo atmosférico, entre el ritmo original y el ritmo de la lengua a la que traduce, entre sacrificar el poema para lograr la traducción, o serle fiel al texto, con detrimento de los recursos lingüísticos de que dispone. Tomando todo esto en cuenta, nos parece que la versión de Claude Couffon tiene sus méritos.

HELENA MUÑOZ LARRETA, *Sonetos en carne viva*. Prólogo de Juan Ramón Jiménez.—Buenos Aires, Editorial Suramericana, 1950, 159 pp.

Este libro de sonetos, endecasílabos en su mayoría, pertenece plenamente a nuestro momento, por su barroquismo moderno de reminiscencias clásicas, cultas y populares, y también por su subjetivismo ultramodernista. No son, por ello, oscuros ni herméticos, sino de fácil lectura, ya que son la expresión de un espíritu sencillo que se conmueve o se desconsuela ante sus propias emociones, y que reflexiona, sin dramatismos, sobre los problemas que han preocupado siempre a la humanidad: lo efímero de la vida, la cercanía de la muerte, el transcurso del tiempo. Están escritos con espontaneidad y frescura, y han sido impresos así, sin pulir, o como prefiere decir la autora, "en carne viva".

Llevan un prólogo —lo cual les ha valido gran prestigio— de Juan Ramón Jiménez, quien con su buen humor literario e incomparable gracia verbal, aprovecha la ocasión para dar, una vez más, su opinión sobre las posibilidades ilimitadas del soneto, cuando se ve libre de inspiraciones académicas.

MIRTA RINZA, *La fuga de las rosas. Poemas*.—Tegucigalpa, Editorial Ariel, 1952, 44 pp.

Anacrónicas y simpáticas nos resultan, en 1954, las poesías escritas en la hermosa Tegucigalpa, por Mirta Rinza. Nos evocan un ambiente patriarcal y tranquilo, de dulce siglo XIX, a través de alejandrinos modernistas que no logran ocultar el sentimiento romántico y obstinado de un